

la sombra de la noche llenos de temor, pues se creían perseguidos. Yo di mi vuelta á los cuatro días por el pueblo y supe que había desaparecido mi amigote, me fui para el rancho y me lo encontré abandonado absolutamente, pues los peones mirando que no parecía su señora, temerosos de que Chepe les siguiera algún perjuicio alzaron su campo y se largaron también, con alguna dificultad logré falsear la chapa del cuarto que ella habitaba y estaba casi vacío, sobre una mesita me encontré una carta dirigida á su marido, la recogí, volví á cerrar, mandé á un sirviente mío que se fuera á vivir allí y cuidara de todo, sin darme por entendido con Chepe á quien tuve entretenido por diez ó doce días, al cabo de los cuales hice un viajecito á México para realizar algunos efectos y habilitar algunos regalitos para mi novia en lo que me dilaté como un mes. En este tiempo fué José con sus once ovejas á dejarle dinero á la torcaza y se fué encontrando con caras extrañas que no supieron darle más razón sino que yo las había puesto á cuidar de todo aquello, que eran mis sirvientes y les había dejado sus semanas pagadas al irme para la capital; se volvió muy triste lleno de cavilaciones, pues hasta mi regreso esperaba salir de su incertidumbre.

CAPÍTULO VII

El gato encerrado y la cola de fuera. — Las llaves falsas. — Carta de Elisa. — Mentira sobre mentira. — El rapto desafiado. — Lamentable fin de Elisa.

Retrocedamos ahora á otro asunto. Ya yo llevaba cerca de un año de estar avecindado en la villa y por más que hacía no encontraba cómo establecerme definitivamente, tenía cerca de cuatro mil pesos, y mientras conseguía tomar alguna finca de campo ó comprar algún ranchito, estuve rescatando algunas partidas de ganado y revendiendo, con lo que me estaba manteniendo sin desmembrar mi principalito y dándome unas paseadas en grande; arrendé una casa regular, tenía dos criados que me siguieron desde mi tierra, sus mujeres me asistían bien, tenía seis caballos de primera y me pasaba vida de marqués, divirtiéndome con los amigos ó yéndome á charlar con José que era mi predilecto, ¿no, viejo? te quería yo mucho, muchísimo. — No por ti, ventana, sino por la que asoma, grandísimo pícaro, contestó Chepe enojado; prosigue, tunante. — Proseguiré, hermano, pero no te enojés. Vamos al asunto. Este maldito á pesar de nuestra intimidad no era conmigo muy franco, hacía yo de él cuanto quería, pero del carril á adelante, pues eso de llevarme á su casa y recibirme en ella como yo lo hacía con él, jamás, ni de chanza me lo ofreció, al llegar al puentecito se despedía, y á su serrallo no se acercaba más que el ángel de su guarda; ya me había contado que tenía una hermana que se llamaba Guadalupe, tuve empeño en conocerla y burlar su vigilancia, anduve echando varias tanteadas y como se me dificultaba la cosa, más crecía mi empeño. Por fin una tarde después de muchas vueltas y planes, al atravesar la loma me pareció per-

cibir una cabeza que se movía entre multitud de calabazas que estaban enfiladas en la orilla del pretil de la azotea, paré mi caballo, fijé más la atención y mirando que no me había engañado, empecé con mi pañuelo á hacer señas con mucho afán, fueron notadas por Lupe, y después de estarlas repitiendo con tesón, vi que ella me contestó con menear también la punta de su rebozo, frenético de gusto destapé para la casa, pasé el carril vedado y empecé á dar sendas palmadas al zaguán; obligada por mis toquidos, bajó una gran calabaza, se paró sobre ella, y sacando la cabeza por aquel sitio descubiertó, en medio de los fuertes ladridos de sus custodios que azoraban aquel rancho, me preguntó llena de inquietud: — ¿Qué sucede, señor D. Juan? — Déme razón de José por vida suya. — No ha llegado todavía, me contestó. — Pues voy á ver si llego á tiempo de evitar un lance, una desgracia, y volteeé mi caballo como para marcharme. — Pero oiga vd., señor D. Juan, oiga vd., me gritó llena de susto, ¿qué acontece? por Dios no me deje con cuidado. — Yo le contaré á vd. todo, Lupita, voy corriendo á Viborillas, y si quiere ayudarme á salvarlo de ese mal paso cálese la boca, que no vaya á sospechar que vd. sabe nada de sus cosas, dígame por dónde podremos hablar sin ser notados, tengo que decirle un secreto. — Pues por detrás de la casa, á las diez de la mañana esté vd. emboscado en aquellos álamos grandes, yo le haré seña para que se acerque, por vida de vd., D. Juan, salve á mi hermano. — Voy corriendo, le dije, hasta mañana y silencio, sino todo se lo lleva Judas, yo le contaré, yo le contaré... la vida de San Alejo, acabé de decir partiendo en fuerza de carrera para las Viborillas hasta perderme de vista en las labores para hacer bien mi papel, contentísimo de haber descubiertó á fuerza de constancia mucho del secreto de Chepe, pues desde luego me pareció, su hermanita diez veces mejor de lo que me la había figurado, y empecé con la tentación de zopiloteársela, con tal interés que hubiera dado cuanto tenía, por tal de que en aquel instante fueran las diez del día siguiente para entrar en relación con la reclusita que me dejó sin dormir aquella noche, sin cansarme de decir: — ¡Qué vivo es José! tiene el gato muy escondido y con la cola de fuera.

Lupe que, como dijo Chepe, lo vió desde hacía mucho tiempo atravesar la loma con una mujer en la silla, y coger el camino para Viborillas, luego la pérdida de sus peines, el jabón, su ropa y algunas otras frioleras que su hermano se extrajo de la casa para vestir á su esposa, pronto renovó sus sospechas, confirmándolas mis pretextos para hacerme á sus ojos menestero é interesarla en un misterio; la pobre tragó el anzuelo, la dejé llena de dudas suponiéndose mil cosas. ¡Malditas Viborillas! exclamaba, llena de zozobra, desde que José se llevó á esa dómina, anda el hombre más apantallado, tal vez eso le habrá ocasionado algunos enemigos; este D. Juan ha de estar al tanto de todo, son amigos íntimos y por eso me hacia tantas señas desde la loma, ojalá que haya llegado á tiempo como quería y tenga yo que agradecerle el que me quite á mi hermano de un mal paso. Qué amable es D. Juan, qué eficaz, y cómo se interesa por José, de veras que es buen muchacho y me simpatiza mucho.

Casualmente José fué esa tarde á las Viborillas, y como siempre volvió fastidiado y de mal humor, habló poco y estuvo serio esa noche. — No me ha engañado D. Juan, decía Lupe, á éste le ha sucedido alguna cosa que lo tiene preocupado, mañana me contará todo, y ya sabremos corregirlo, le ayudaré á D. Juan, le ayudaré. Antes de las diez ya yo estaba en los álamos, vestido decente, y montado en uno de mis más bonitos caballos, apenas vi menear el rebozo cuando metiendo espuelas fui salvando zanjas y atravesando una milpa llegué hasta ponerme á buen trecho de mi adorado imán. — ¿Cómo le fué á vd. ayer, D. Juanito? me preguntó. — Bien, Lupita, le contesté, me compré la demanda, y antes que ese sujeto se encontrara con José, atravesamos unas cuantas palabras y me lo llevé para la villa, donde lo tengo algún tanto asegurado, no sin dejarlo tan contento con unos cuantos caballazos que le dí, la fortuna fué que no traía yo mi espada porque sino lo echo á roncar por traicionero. — ¿Pero quién es ese hombre, D. Juanito? — Yo no lo conozco más que de vista, anda en busca de su mujer que dice qué hace tiempo que se le largó, y asegura que le han dicho que en las Viborillas la tiene José, yo que casualmente lo supe le he estado espiondo los pasos para

evitar una desgracia y... — ¿ Por eso ha estado vd. dando tantas vueltas por aquí hace más de quince días? — Precisamente, José es mi amigo y le he andado sin que él lo entienda cuidando la espalda, tanto que ignora la ocurrencia de ayer tarde, y quiero ver si vd. me ayuda á hacer lo posible para quitarlo del riesgo, pero ha de ser con la condición de que él no lo comprenda, para que no vaya á ofenderse ó tome capricho en seguir exponiéndose, vd. conoce su genio, y... — Pues cuente vd. conmigo, D. Juanito, no más me dice vd. lo que tenga que hacer y lo obedeceré. — Corrientes, por ahora ya entorpecí por algún tiempo los designios del marido, y podremos con espacio formar nuestro planecito. — ¿ Pues qué hizo vd. con ese hombre? — Lo metí á la cárcel y no ha de salir tan fácilmente. — ¡ Cómo! ¿ pues cómo estuvo eso? — Eso es largo de contar y ahí se lo diré despacio.

Esa fué mi introducción y con ese pretexto le conté mil embustes, nos hicimos de confianza, y á fuerza de ardides, mentiras y cuentos, logré enamorarla hasta el extremo de que falseándole á José las llaves, entraba á su casa y era más bien recibido de su hermana, su hija y sus perros que él mismo; en cosa de tres meses arreglé con ella mi plan y me largué á México á comprar donas y otras cosas precisas para nuestro casamiento; regresé, presenté á mi amada mis obsequios, y hasta el tercer día de mi vuelta fuí á buscar á José á las labores como siempre, corrió á mi encuentro presuroso, inquieto por saber el suceso de Viborillas. — Si no te has de enojar, hermano, y me empeñas tu palabra de tener calma te contaré lo ocurrido, porque si no es así te dejo en tu incertidumbre; confórmate con tu suerte, tú tienes tranquila tu conciencia y lo demás te importa un pito, esa mujer fué para ti una carga muy pesada, y si piensas con juicio haz como los machos, revuélcate de gusto, porque ya no tienes ese peso que te pele el lomo. — ¿ Pero qué ha sucedido, Juan, explícate? ¿ Que ha muerto esa mujer? — Para ti sí, pues desde que se largó la primera vez, creo que eso mismo te propusiste. — ¿ Luego se ha vuelto á largar? — Así parece; yo tuve que ir á hacer unas cobrancitas, me dió la humorada de atravesar por Viborillas, y me encontré con todo el rancho abandonado, empecé á meterme por los ranchitos y jacales, forcé la

puerta del cuarto de junto á la troje, sólo estaba allí una cama y trastos en desorden, y esta carta sobre la mesita única que allí había; como está cerrada no sé su contenido, mandé quien cuidara de aquello, no me pareció conveniente mandártela, la precisión con que tuve que marchar á México me impidió traértela en persona, y esto es lo que puedo decirte, imponte de ella y acabarás de aclarar el enigma.

Ábrela, Juan, para ti no tengo secretos. Como tanto la había leído antes pues me la encontré abierta, casi me la sabía de memoria y aun conservo su relato, decía así :

« Hombre inhumano, tu vil indiferencia me precipita, tu inhumano proceder me lanza, tu indolente menosprecio me obliga á abandonar este sitio maldecido; ¿ qué no fué suficiente mi humillación y arrepentimiento para purgar mi fragilidad? ¿ infame! ¿ no me viste postrarme en tu presencia y humecer tus patotas con mis lágrimas? ¿ soy acaso una meca como tú para estar soterrada en este desierto, sin tener más sociedad que con los animales, expuesta á ser devorada por una fiera, así correspondeste á mi sacrificio de unirme contigo olvidando mis principios, mi educación y mi clase distinguida? Quédesse esta vida solitaria entre los montes para ti que eres un salvaje, no me conociste de pollera para empeñarte en tenerme de rebozo en una asquerosa pocilga, yo voy á buscar un abrigo, desprecio tus limosnas; no trates de averiguar mi paradero porque provocarás mi cólera, y te daré á conocer cuánto puede una señora como yo, que huye de tu presencia agraviada en lo más noble, en su amor propio, en su sensibilidad y delicadeza. Adiós para siempre, pérfido, te dice la resentida : — Elisa. »

— ¿ Qué te parece? me dijo Chepe lleno de cólera. — Hombre, te diré la verdad, esa mujer ha perdido el juicio. — No tanto, Juan, no ves esa carta llena de claridades y amenazas; ¿ adónde quieres que vaya á buscar sombra ni qué cuentos? no es posible que se haya largado sola, esa maldita se ha enredado por ahí con algún gañán y seguirá deshonorándose; es preciso buscarla y de una vez que nos lleve el demonio, matarla y perderme yo también, ¿ de qué me sirve ser hombre de bien y estar mascando el freno y haciendo lomo, si anda esa mujer poniendo

mi crédito á plaza? Estoy decidido, la busco y la mato. — ¿Pero adónde vas á buscarla, José, no seas tonto? — Por ahí, ¿dónde ha de huir que no caiga? — ¿Sabes el camino que ha tomado? — El que boca tiene á Roma va. — ¿Dejas tus intereses tirados? — ¡Que se los lleve Judas! estoy resuelto. — Pues entonces, hermano, no hay razón que te convenza, marcha á preguntar dónde venden pan y queso, déjame á Lupe y tu chiquilla, y Dios te lleve por buen camino. Esto último lo hizo medio entrar en razón pues repitiendo: — Lupe, mi chiquilla, no, no, ésas valen más que diez mil Elisás; que cargue el diablo con esa catrina maldecida que me desprecia, mal rayo la parta por cusca y á mí por tonto: — Has hecho bien, prosiguió diciendo José, en no haberme desde luego avisado, quién sabe si no me puedo contener y hubiera hecho una majadería, primero son mi Lupe y Julita que nada, qué bien hice en no volver á abrigar en mi seno á semejante víbora de cascabel, debo revolcarme como dices porque me han quitado la carga; pero, hermano, mira mi frente, ¡me parece que no puedo entrar sino agachándome por el zaguán de mi casa! ¡esto es infame! ¡esto no es sufrible! ¡esta consideración me mata! y furioso se estiraba los cabellos lleno de rabia. Para quitarle esa tentación me ocurrió por lo pronto sostenerle una mentira que me dió muy buen efecto por entonces. — Cálmate y te acabaré de contar la historia, no me has dejado hablar; ni tu deshonra está en plaza, ni tu crédito vuela, ni la frente se te abodoca, escucha, y si acaso desapruebas mi determinación nada se pierde con desandar el camino, atiéndeme. — ¿Pues qué sucede, Juan, desengáname de una vez? — Una cosa muy sencilla que en tu obsequio y bien de esa infeliz, me pareció hacer. — Explícate, Juan, no me andes con rodeos. — Luego que supe su desaparición, procuré indagar, era cosa tuya y no había de haber visto aquello con indiferencia suponiéndome lo mismo que tú, que alguno cargaba con la mula, pero por las noticias que adquirí logré alcanzarla, iba sola con un envoltorio en un brazo, como no la había tratado yo dudaba, pero sus palabras me la dieron á conocer, hablaba de ti, de Carlos, de su hija, y todo su empeño era volver á su convento donde debía de encontrar á todos porque un cuervo se lo había dicho, me le ofrecí ser su

compañero, al principio repugnó, pero al fin logré echármela en la silla, desde sus primeras palabras sin substancia, su modo de ver, y maneras, conocí que su cerebro estaba trastornado, y después ratifiqué mi calificación sin quedarme la menor duda, la tuve esa noche asegurada en mi casa, y me ocurrió quitarla de estos lugares porque decía cosas que, la verdad, no te habían de hacer buen estómago, me la llevé para México engañándola, y en lugar de su convento, la metí al hospital del Divino Salvador en clase de distinguida y muy recomendada. Ahí tienes en dos palabras descubierto el enredo. — ¡Hombre Juan! me dijo abrazándome, ¿con qué corresponderé tanta fineza? — Con una cosa muy fácil para ti, José, con que calmes tu espíritu y te vea yo conforme con tu suerte, pues creo que en el estado á que habían llegado las cosas, no podía tomar mejor sesgo este negocio, allí ha quedado asegurada y vale más que esté con el juicio trastornado, que con la vergüenza perdida. — Es verdad, me contestó, y ahora tengo no más la duda de que tal vez por una torpeza mía haya yo contribuido á su desgracia, porque esa es una desgracia, hermano, y aunque esa mujer me ha pagado malísimamente, me compadece su situación; en fin Dios sabe lo que hace, ya estoy más tranquilo y sufriré mejor esa pesadumbre, que no el que hubiera vuelto á sus andadas, y aun todavía no me contemplo seguro, puede aliviarse, salir y... — Ya veremos, José, no es tan fácil recobrar el juicio, me han de dar aviso, y como dije que era mi hermana á mí me la han de entregar.

Quedó la cosa en tal estado, dejé pasar unos cuantos días para que José me estuviera más agradecido, y una mañana al separarnos como siempre en la entrada del carril vedado, le dije sin más preámbulos: — Hombre Chepe, ya podías hacer una hombrada conmigo. — ¿Cuál, hermano? ya sabes que cuentas con cuanto tengo, ¿qué quieres? — Que me des á tu hermanita Lupe, me gusta, y creo que haciéndola mi esposa seré feliz. — ¡Un demonio para ti! me respondió lleno de enojo, ¿y yo no te gusto? — También, mi vida, pero sólo para hermano. — Tú te has propuesto divertirte conmigo, Juan, hazme favor de no usar de esas chanzas porque no me gustan. — No me chanceo, José, te hablo formalmente, estoy resuelto

á que hoy mismo dejemos terminado este negocio, cuento con ella, nos queremos mucho, y sólo espero tu parecer, conque, negro, agacha la cabeza y coge el yugo, dame de buena voluntad á tu hermanita, porque sino me la robo esta noche á fuerza de fuerzas, ¿qué me respondes? — Que ni te la doy, ni dejo que te la robes; echo á un lado tu amistad, los favores que te debo y te planto un balazo adonde te vea acercar á mi casa. — Convenidos, José, anda á disponer tu plan de defensa, pues yo te repito que esta noche Lupe ha de respirar el aire libre del campo. — No te expongas, Juan, mira que te puede costar caro tu capricho, te pego un tiro como hay Dios, si no es que por salirte con tu empresa haces una vileza, le pegas fuego á mi casa, me rompen las puertas á hachazos con quince ó veinte bandidos comprados por ti, ó alguna cosa por el estilo. — Nada de eso, este es asunto mío, yo solito vengo, me la saco y me la llevo para la villa á presentársela al cura. — Mira, Juan, que tengo tres carabinas y muchos cartuchos, no vaya á hacer el diablo que corresponda yo á tus favores con un pelotazo en la chapa del alma, no soy zurdo ni ciego, y sobre advertencia no hay engaño, no le busques el fin á tus días. — Pues ya que tienes tanto empeño por conservar mi existencia dame á tu hermana, no seas malo. — Ya te dije que no, y que si te arrimas á mi casa te doy un tiro. — Entonces esto no tiene remedio, me la sacaré, anda á disponer tus carabinas que yo marchó á tener listo á mi caballo brinca montes, que es el que cuadra á mi futura por mansito. Hasta la noche, no les des de comer á tus perros para que se pongan bravos, y apúntame al corazón, Chepe, á darme en los meros diez y ocho reales, adiós, adiós. — Adiós, Juan, y quién sabe si este será el último que te dé como amigos.

Nos separamos, y por no darle á conocer á Lupe sus intenciones se hizo disimulado, se metió después de comer á su pieza, y estuvo alistando sus armas, aferrado en darme primero un balazo que la mano de su hermana, salió y á buena hora volvió de las labores, cerró sus puertas con cuidado, en el ceñidor ensartó su manojito de llaves, dió un vistazo á sus carabinas, dejó lista la subida de la azotea y se puso á esperar con cuidado. Como á las siete de la noche pidió la cena y se

sentaron á la mesa procurando en vano disimular su inquietud.

Yo entretanto, me llevé un morillo del mirador de un millero y otros palos á cabeza de silla, ya tenía tanteado el alto de la azotea, empalmé un palo, al morillo le puse un atravesano adonde embroqué una manguita vieja y en la punta le aseguré un sombrero inservible, con algún trabajo paré mi dominguejo atrás de la casa, y me fuí á parar al Fresno de enfrente del zaguán. La noche estaba fea y algo oscura, mi muñeco quedó como tres cuartas ó poco más de alto más arriba del pretil. Apenas percibieron los perros aquel bulto, cuando furiosos se pusieron á ladrarle, se paró José atropelladamente, diciéndole á Lupe: — ¿Adónde está mi hija? — Está durmiendo, le contestó. — No te separes de aquí. Tentó sus llaves, se metió á su recámara, cargó con sus carabinas, cartuchos y subió para la azotea hecho un basilisco diciendo: — Qué hombre tan necio, viene á buscar su ruina, lo dicho dicho. Y empezó á buscar azorado volteando la cabeza por todos lados, notó á su derecha el objeto á que tanto ladraban los perros, corrió á atrincherarse en la chimenea de la cocina, y comenzó á echar balazos irriéndose más y más al oír que sus perros se retiraban quejándose, y á fuerza de asustarlos volvían á la carga; á los diez ó doce tiros, aquel bulto arrastrándose contra el bordo de la citarilla cayó haciendo algún estruendo. — ¡Jesús te acompañe! gritó José tratando de verlo desde arriba; ha caído con todo y escalera, quién le mandó ser caprichudo, se lo dije, bajo advertencia no hay engaño; voy á ver si puede alcanzar algunos auxilios, ¿qué puntería la mía tan endemoniada! siempre pego á donde no quiero, yo trataba no más de azorarlo y tiraba así á la aventura, ya estaba de Dios que pereciera, y se bajó para ir en mi socorro; se quedó estático y aturdido al no encontrar á Lupe en la cocina, corrió para el comedorcito mirando hasta por debajo de las sillas, entró á la recámara de ella, vió por todos lados y exclamó: — ¡Ni una ni otra, con las dos ha cargado ese maldito! ¡Me las roba, me dejan solo! ¡me hacen infeliz! todavía está la cama calentita, no han de ir muy lejos, voy á seguirlos. Tiró su carabina y empezó á desatar llaves. ¿Por dónde demonios se las habrá sacado? las puertas están cerradas, y alzaba la cabeza á ver las paredes y techos.

En cuanto yo percibí que rechinó la penúltima puerta, me acerqué al zaguán y pegué unas palmadas. — ¿Quién és? preguntó muy enojado. — Yo soy, hermano, le contesté con cachaza. — Abre pronto, José, agregó Lupe como enojada, no seas necio, se está serenando la niña. Abrió un tanto el postigo y sacó medio cuerpo para impedir que salieran los perros. — Sólo por darle gusto á esta señorita, le dije, me he estado esperando hasta que acabaras de gastar tu pólvora en infiernitos, me suplicó que quería decirte adiós, y no me pareció negarme á su pedido, pues ya hace tiempo que hubiéramos llegado al curato según te lo ofrecí, conque despídanse pronto porque mi caballo está inquieto, y no vaya á despertarse esa criatura, abrigala bien, querida, y marchemos. — Adiós, José, dijo Lupe, y no tengas cuidado por nosotras porque Juanito nos aprecia y... — ¿Pero es posible, Lupe, que así correspondas á tu hermano, que más amor le tengas á ese zaragate y te determines á dejarme? — A este zaragate, lo amo como á mi esposo que será muy pronto, y no hay más remedio que una de dos cosas, ó nos abres tu puerta para que Juan entre como á su casa, ó me voy con él, porque me tiene dispuesta la suya. — Y cuyas puertas, agregué yo, jamás estarán cerradas para tí, José; ¿qué sucede, me las das ó me las cojo? Por única contestación, cerró el portón y recorrió el cerrojo de las puertas, las abrió de par en par y cruzando los brazos dijo: — ¿Estás contenta, Lupe? Juan, ¿esto es lo que querías? pasen adentro. — No, le contesté entrando, ahora hablaremos. — Espera, no te bajes, déjame agarrar á los perros. — Toma, Tudesco, grité apeándome y dando vuelta á coger á la niña, le dije á Lupe: Dame á mi hija, ah, Lobo, ¿cómo te va? y empezaron aquellos animales á pegar saltos y bríncos haciéndome fiestas. — ¿Pues qué te conocen, Juan? preguntó muy sorprendido. — Más que á tí, ya lo ves; baja á tu hermana y anfarra por ahí mi caballo, no se vaya para la caballeriza y rompa mi silla con esas tranquitas que tienes tan pedidas de limosna. Saqué mi manojo de llaves ínter él amarró el caballo, y fui abriendo puertas, pues creyendo á su hermana escondida, fué cerrando desconfiando de que saliera tras él. — ¿Conque también tienes llaves y conoces los interiores de mi casa? — Sí, Chepe,

ya lo ves. — Pues, así mi galgo las pesca, con razón no te intimidaron mis amenazas; pero yo he matado á un hombre de un balazo. — Estás soñando, viejo, refrígate los ojos. — No, hombre, lo he visto caer, no me queda duda; vamos allá fuera. — Vamos á ver no haya sido el diablo que... y le hice una seña á Lupe que entendió perfectamente, nos salimos á recoger la manga con algunos agujeros, dejamos colocado á mi caballo cenando, y nos metimos. — ¿Pero quién diablos ofendía á mis perros mientras yo echaba balazos? — Vamos á ver, Chepillo, alguien ha de haber sido, y subimos para la azotea en donde nos encontramos un perro muerto y los otros lastimados. — Mira, le dije, éste tiene un balazo en la espaldilla y con razón murió. Seguí alumbrando con el farol y todos estaban contusos ó rozados de bala. — ¿Qué les pegaría mi manguita vieja, José? — No, sino yo que soy un imbécil, tiraba al bulto así como quiera, y mientras yo fusilaba á mis guardianes, tú me trasteabas el zaguán; las cosas que me suceden no son para vistas, me declaro de veras chiquihuite. Nos bajamos y le dije: — Llamá á tu hermana que está por allá dentro. Se metió para la recámara y se fué encontrando con su hija vestida de gala que corrió á enseñarle su túnico nuevo de seda, y á Lupe de veinticinco alfileres, con túnico igual, buenos pendientes, hilo de perlas, reloj con su cadena de oro, muchos cintillos en los dedos, en fin deslumbradora. — ¿Pero qué es esto, mujer? las miró muy guapas, ¿de dónde han cogido eso, por qué tanto lujo? — ¿Cómo por qué? me viene Juanito á pedir, y ya tú verás que un acto tan solemne bien merece... siéntate.

Entonces fui yo entrando muy compungido, con el sombrero en la mano, me rasqué la cabeza para coordinar mi discurso, faltando poco para soltarme carcajeando al verlo tan sorprendido y le dije: — Señor D. José Morales, vd. que hace veces de padre de esa preciosa calandria, ¿quiere dárme la para esposa y admitirme como hermanito? — Cógetela, bribón, pero no la separes de esta niña. — Yo me voy con mi papá Juancho, exclamó la chiquilla zafándose de los brazos de José y abrazándose las piernas. — ¿Ya lo oyes? se va conmigo. — ¿Y yo? — Tú te quedarás á matar perros. — Venga un abrazo de viejos

conocidos, de finos amigos, y de tiernos hermanos; formamos grupo, hubo sus lágrimas de placer por un lado, de recuerdos tristes por otro, y en lo general de sincero amor. — Vamos á cenar porque la verdad tengo hambre, límpiate los ojos, Chepe, que los duelos con pan son menos, ¿por qué te afliges? ¿qué te atormenta? — Mis recuerdos, Juan, mi mujer me infama, mi hermana se me casa, mato á mis perros, y por último esa criatura corona la obra, te quiere más que á mí, se me sale de las manos para colgarse á tu cuello, ya soy en esta casa un extraño, y se limpió las últimas lágrimas que asomaron á sus ojos. — Te equivocas, José, aquí y en mi casa, siempre serás para nosotros el mismo, la única diferencia será que estas niñas como ya lo has visto, una tendrá un fiel esposo que la adore, y este comino otro papá, vamos á celebrar con un trago de champaña mi felicidad. Entramos al comedor, y acabó de sorprenderse al ver la mesa bien cubierta del champaña susodicho y otros vinos generosos, panqués, bizcochos finos, carnes frías, aceitunas sevillanas, salmón, sardinas, y una porción de manjares de que estaba bien provista nuestra despensa. — Quieres explicarme este misterio, Juan, ¿de dónde ha venido esto? — Qué guaje eres, José, tienes memoria de gallo, muy pronto se te ha olvidado que he tenido mis llaves, una preciosa á quien obsequiar, arganitas en mi silla, y un par de pesos que gastar en estas bagatelas, de veras, de veras, hermano, que parece que vienes de bailar en Belén. Después de cenar en buena armonía, me puso Lupe mi cama en la pieza de José, al otro día fuimos á arreglar lo del curato y antes del mes ya éramos hermanitos.

Fué tan desprendido, que entregándome sus llaves me dijo: — Para mi hermana y mi hija he estado trabajando, tú te has quedado con ambas cosas, es consiguiente que también dispongas de los intereses; déjame un rinconcito en que tire á descansar mis huesos, convídame de lo que comas, y mándame que yo te serviré de buena voluntad. — Yo no pienso, José, le contesté, encomendarme de intereses ajenos, sino al revés, con los míos buscar mi vida; no quiero despreñar tu oferta, sólo podré admitir tu propuesta fomentando este rancho con mi dinero, haremos intereses comunes, trabajaremos los dos para las dos, y

formando una sola familia aliviaremos en lo posible las amarguras de la vida, entre dos no pesa un tercio, una mano lava á la otra, y las dos lavan la cara. Así lo arreglamos, llevando yo la voz en el negocio, puse operarios á abrir ventanas, hice una ranchería, abrimos tierras, compré ganados, y le dí una voltea al ranchito que ni el mismo Chepe lo conocía; cada día estaba el hombre más triste, yo no hallaba á qué atribuirlo, hasta que lo cogí á buen tiro y lo hice desembuchar. — Tengo tristeza, hermano, me contestó, porque mi pronóstico salió cierto, y tengo también para contigo un sentimiento que no quisiera recordar; casualmente me he encontrado con Jacinto Roque, uno de los peones que vivían en Viborillas y reconviniéndole por haberse largado, me ha contado el verdadero motivo de haber abandonado Elisa aquel sitio, que el matancero Patrañas cargó con ella porque su marido había llegado á saber sus tratos, y temían morir asesinados á sus manos, precipitando su fuga el encontrarse ella embarazada de ese lépero, que los vió por San Miguel el grande, que ella ya estaba al caer, que la dejó su amacio arrimada en casa de unos conocidos y él siguió de mulero en la vaciada; y esta aclaración, Juan, es capaz de entristecer al mejor, pues creo que el día menos pensado se me va apareciendo por ahí con su cría en brazos, y para satisfacer mi ultraje ya necesito matar á dos, á una perversa y á una inocente criatura, ó si conmovido por no matar á esta última quiero tener calma, no me encuentro suficiente para aguantar más infamias, atestiguadas por un vivo documento, no puedo hacerme sordo á mi ofensa, ciego á mi honor ultrajado, ni disimulado para con esa prostituida que tuvo la audacia de ponerme por despedida aquella carta que tú viste; y cuando, Dios mío! cuando la muy infame estaba siendo la más vil y criminal.

Ahora respecto de ti, Juan, ¿dime para qué me engañaste con la supuesta locura y demás embustes? ¿así son los favores que me has vendido? ¿así has pagado la sincera amistad que te he profesado? — Así, José, no te equivocas; fué necesario ocurrir á la superchería, al embuste, no encontré otro camino, la cosa estaba muy comprometida, no hallé otro modo de quitártela de la vista más que obligando á esos infames á que se largaran; yo soy ese supuesto marido que quería derramar la sangre de